

asediaban. A esto se limitaron también las ventajas de la campaña, pues que en frente de un Vandoma no le valieron á Eugenio las tretas que tan buenos resultados le habían dado con su hermano el gran prior. Todas sus tentativas de llegar hasta el Adda fueron infructuosas; después cuando en 16 de agosto de 1705 atacó atrevidamente á los franceses cerca de Cassano para abrirse paso á la fuerza, fué rechazado; y si bien no hubo derrota, tuvo grandes pérdidas en soldados y sobre todo en sus mejores jefes. No pudiendo llegar hasta el duque de Saboya, se perdió esta campaña para el objeto que se había propuesto; porque Eugenio tuvo que quedarse entre el Oglia y el Adda y ver cómo rehacía su pequeño y debilitado ejército. Entretanto el duque de Saboya se había quedado reducido á su capital Turin, en cuyo glacis acampaban los 10,000 hombres que con corta diferencia le habían quedado á él y á Starhemberg; y si el enemigo tomaba esta última plaza, quedaba borrado del mapa el Estado de Saboya-Piamonte. Lo peor era que Víctor Amadeo no se llevaba bien con Starhemberg, que si era el general austriaco mas bizarro, emprendedor, perseverante y perito, también era el mas altanero y orgulloso. Gran fortuna fué á la verdad, en circunstancias tan desesperadas, para ambos y para los aliados en general, que el príncipe Eugenio tuviese ocupado á Vandoma lejos de allí, quedando en su ausencia único general en jefe el superficial La Feuillade que dejó pasar adrede la estación favorable sin poner sitio á Turin á fin de que no se viera con este motivo obligado á pasar el invierno lejos de los recreos y regalos de Versalles.

Tampoco se obtuvo resultado notable ni en Alemania ni en los Países Bajos en esta campaña de 1705.

Los abusos y exacciones de los empleados austriacos en Baviera habían exasperado á la población rural, que odiaba ya por costumbre á sus vecinos, y provocado una rebelion que pronto se extendió con extraordinario furor á todo el electorado. Hay que confesar que el gobierno austriaco era, entonces á lo menos, maestro en el arte de hacerse radicalmente insoportable y odioso en todas las provincias que llegaba á adquirir. Costó bastante trabajo dominar la sublevacion del pueblo bávaro, pero el emperador aprovechó en seguida esta circunstancia como pretexto para declarar nulo el convenio hecho con la esposa del elector, y fuera de la ley en el imperio alemán á los dos soberanos de la familia de Wittelsbach ó sea de Baviera, los príncipes electores de Baviera y de Colonia. Repartió los Estados del primero entre varios príncipes que habían quedado fieles á su causa y á la del imperio y algunos favoritos suyos; porque entre los ideales de la política austriaca no estaba entonces todavía la anexion de la Baviera á los Estados del emperador ni lo habría consentido la envidia de los demás soberanos alemanes.

Marlborough, juzgando la situacion con su natural acierto, se convenció de que luchando en el estrecho círculo de la pequeña Bélgica salpicada de plazas fuertes que creaban á cada movimiento innumerables dificultades, no se llegaría jamás á un resultado decisivo, mientras que una invasion directa en Francia sembraría un espanto tan grande en este país que sería muy suficiente para conducir á una solución rápida y definitiva. En su consecuencia convino con el margrave Luis de Baden en reunir sus dos ejércitos en el valle del Mosela formando un total de 50,000 combatientes, tomar las plazas de Saarlouis, Didenhofen (Thionville) y Metz, y marchar sobre Paris. Logró también recabar, después de largas y fastidiosas explicaciones, el consentimiento de los Estados Generales de Holanda, y contento dirigióse con sus fuerzas al Mosela; pero allí no encontró ni al margrave Luis ni al ejército alemán. Aquel caudillo viejo y enfermizo

y no menos informal había cambiado de ideas; el proyecto era para su metódica rutina demasiado atrevido, y faltando á su palabra y á sus repetidas seguridades, habíase ido tranquilamente y en el momento decisivo á tomar los baños de Schlangenbad para curarse de sus achaques. Solo, nada podía emprender Marlborough contra el ejército francés del Mosela, muy superior al suyo y mandado por un jefe como Villars. Irritadísimo regresó á la Bélgica, y Villars se aprovechó de esta coyuntura tan favorable para volver á tomar Tréveris. La indecision, la indolencia, la aversion á empresas francas y la informalidad del general en jefe de los contingentes del imperio habían echado á rodar todo el gran plan de campaña.

En Bélgica Villeroy y el elector de Baviera se habían refugiado detrás de sus líneas atrincheradas que se extendían en la otra orilla del pequeño Gheete hasta el Mosa por una longitud de cinco leguas; pero Marlborough anduvo mas listo que ellos. Fingió querer atacarlos en el extremo meridional de su línea atrincherada, y de repente en una sola noche haciendo una marcha forzada trasladóse al extremo Norte, rompió por medio cerca de Tirlmont y deshizo la division francesa allí estacionada en julio de 1705. Fué tan completo y eficaz este golpe, que costó mucho trabajo á los generales franceses cubrir las grandes ciudades de Loeven y Bruselas. Quiso obligarles Marlborough á retirarse dando él con sus tropas un rodeo atrevidísimo, derrotarlos luego y apoderarse de las dos plazas citadas; pero opusieronse á esto los comisarios de guerra holandeses, y pasaron semanas antes de que obtuviera el permiso de «los muy poderosos señores» del Haya y de sus comisarios de campaña. En seguida tomó posiciones á la izquierda del enemigo, y en el momento en que iba á atacar, se negaron á seguirle los generales holandeses. Esto era ya demasiado para el carácter vivo, impaciente é inflamable de Marlborough. No ocultó entonces su ira, porque por segunda vez en esta misma campaña había visto inutilizados por los aliados sus mejores planes. Abandonó el ejército y se fué al Haya para exponer sus quejas á los Estados Generales. Estos dos disgustos le habían envejecido diez años, según dijo entonces.

Mientras que esto sucedía en Bélgica, Luis de Baden no había sabido aprovechar su superioridad sobre el ejército francés del Rin mandado por Marsin mas que para sitiarse y tomar la pequeña fortaleza de Hagenau. Tenía abierta delante de sí toda la Alsacia Baja, pero no hizo nada.

Toda esta campaña había resultado nula en sus resultados, y era evidente que á seguir así, los esfuerzos y sacrificios colosales de los coligados no darían mas resultado que derrotas.

En un solo punto habíase alcanzado al parecer alguna ventaja positiva, á saber, en España.

La proyectada embestida del archiduque y pretendiente Carlos desde el Portugal en el año 1704 no había tenido éxito. El pueblo portugués era sobrio, valiente y estaba dotado de excelentes aptitudes, pero estaba sumido en la ignorancia y el fanatismo, y en política era completamente niño. Un gobierno capaz habría podido elevar á este pueblo á una gran altura; pero el que tenía era por el contrario incapaz, indolente, venal, egoísta, flojo y amante de pompas huecas; y por otra parte la nobleza carecía de lealtad y patriotismo. Los nobles retoños que en este pueblo había producido la lucha por la libertad é independencia contra la tiranía de Castilla se habían secado antes de llegar á desarrollarse, y la indiferencia brutal é imbécil dominaba todos los espíritus. Ni por celo propio ni por actividad patriótica había hecho el gobierno el convenio de alianza con las potencias marítimas, sino por las ventajas mercantiles, palpables sin necesidad de



cálculo, que le concedían (1). El pueblo no comprendía por qué razón debía hacer sacrificios de ninguna clase en favor de un rey de España, ya se llamase Felipe V, ya Carlos III. Los armamentos se hicieron pues á paso de tortuga, como si todo el mundo durmiera; los regimientos todo lo hacían de mala gana, mientras en la oficialidad no había mas que desórden, fraude y espíritu de oposicion (2).

En España gobernaba de hecho y en absoluto la princesa de los Ursinos y realizaba cosas al parecer imposibles. Después de apartar del gobierno al incapaz Portocarrero, había sabido poner en excelente estado de campaña un ejército de 35,000 hombres. Esta mujer estaba animada del patriótico entusiasmo que llenaba los pechos de castellanos y andaluces al ver que las potencias herejes y el pequeño y miserable Portugal querían quitarles su rey é imponerles otro. La llegada de Berwick con un cuerpo de tropas francesas de 12,000 hombres, aumentó el entusiasmo. Berwick, que poseía dotes militares nada comunes, no aguardó á que el contingente portugués recibiera el refuerzo de batallones holandeses é ingleses, sino que penetró atrevidamente en el Norte de Portugal, deshizo las tropas que se le opusieron y desembocó en la cuenca del Tajo. Lisboa se hallaba al parecer indefensa al alcance de su mano; pero la península ibérica es la tierra de las anomalías, y que se burla de todos los cálculos.

Presentóse á la izquierda del ejército invasor el contingente inglés dispuesto á cortar la retirada, mientras á espaldas de Berwick, reunió fuerzas muy respetables compuestas de labriegos y pastores audaces y de pequeños grupos del ejército el marqués de Las Minas, anciano imponente, altivo y arrojado, mostrando con su guerra de guerrillas lo que son soldados portugueses cuando están bien dirigidos, porque á sus ataques desordenados y fieros sucumbió toda una division española, y Berwick, inquietado sin cesar, cortada su comunicacion con España, sin víveres, municiones ni refuerzos, diezmadadas sus filas por las fiebres y las balas enemigas, tuvo que emprender la retirada y volverse con el resto de sus soldados en julio de 1705 á España.

Cabalmente cuando la princesa de los Ursinos había hecho todo lo posible para humillar al Portugal, le ocurrió á Luis XIV el deseo de derribar á aquella mujer energética y capaz, que aunque ambiciosa, se había propuesto y podía aclimatar la dinastía borbónica en España; que no quería ser esclava ciega de Versalles no haciendo mas caso de las instrucciones que se le enviaban de allí que en lo que le parecía conveniente, y esto bastó para incurrir en la desgracia del rey de Francia (3). Desde que cayó del poder la princesa era el verdadero rey de España el embajador francés, duque de Grammont, que luego llenó el consejo real con sus hechuras; pero su intervencion en el gobierno no fué de provecho ninguno para el país. Era hombre altanero, vanidoso, frívolo y enemigo de todo trabajo serio. Completamente incapaz para el gobierno, no tardó en quedar toda la administracion en confusion y desórden, con lo cual y con su comportamiento insolente, ofendió el orgullo español y

(1) El autor está exagerado en lo que dice del gobierno y pueblo portugueses. Pudieron no comprender su verdadero interés político; pero le tuvieron en cuenta tal como ellos le entendían. En cuanto á su situación moral hay que considerar que acababan de pasar por el reinado escandaloso y perverso de Alfonso VI. (N. del T.)

(2) Esto prueba que el pueblo y el ejército comprendían el error del gobierno al entrar en la coalicion. Con Austria los portugueses no habían pactado nada: Francia por el contrario había reconocido y apoyado su independencia. El interés de esta se hallaba pues de parte de Francia. (N. del T.)

(3) Ya hemos dicho en una nota anterior lo que ocurrió en este punto. (N. del T.)

creó una atmósfera de aburrimiento hostil, que aprovechó la reina María Luisa, que no obstante su poca edad, pues solo tenía diez y seis años, poseía las cualidades de su raza de Saboya, á saber, el tacto político, la consecuencia y perseverancia inquebrantables unidas á una gran flexibilidad. Enteramente de acuerdo con su camarera mayor la princesa de los Ursinos, en que la dinastía borbónica solo podía arraigarse en España si fomentaba la independencia nacional, y segura del consentimiento de su esposo, supo arrancar á Luis XIV el permiso de hacer regresar á su corte á la princesa que llegó efectivamente á Madrid á principios de 1705, en calidad de *primer ministro* del gobierno español. Era hora de que una mano energética dirigiera el timón de la nave española cuando el país acababa de recibir un golpe funestísimo.

Habíanse convencido los gobiernos aliados de que no había que pensar ya en atacar á la España desde el Portugal con fuerzas portuguesas, y de que era preciso buscar otro punto para base de las operaciones, las cuales debían emprenderse con energía con todos los medios de que las potencias marítimas pudieran disponer.

Durante todo el verano de 1704 había cruzado sin hacer nada por el Mediterráneo la gran escuadra aliada bajo las órdenes de sir Jorge Rooke, hasta que de repente se determinó éste á atacar á Gibraltar, cuyas obras de fortificación se hallaban en completo abandono, con un reducido número de soldados por guarnicion. Bastó un corto cañoneo simultáneo por el lado del mar y de tierra firme para rendirla en el mes de agosto de aquel mismo año. La rendicion de esta plaza hizo profundísima impresion en Madrid y Versalles, fundada solo en el temor de que desde este punto podían la Inglaterra y la Holanda dirigir un ejército sobre Madrid; y no por otra razón, porque entonces no se daba importancia á esta pequeña fortaleza. Encargóse de reconquistar la plaza y de paso de renovar la fama de la marina francesa el conde de Tolosa, hijo de Luis XIV y de la Montespan, persona íntegra, amante de su país y de mucha instruccion. Zarpó de Tolon con una escuadra muy superior á la aliada, á la cual encontró cerca de Málaga. El combate que resultó quedó indeciso; los jefes franceses se acobardaron y obligaron al conde á emprender la retirada. Mandaba en Gibraltar como comandante de la plaza un príncipe alemán, Jorge de Darmstadt, sujeto tan valiente como capaz, que aprovechó todo el tiempo en aumentar y mejorar las obras de defensa, de suerte que cuando los españoles pusieron en otoño de 1704 sitio á la plaza, tenía ésta ya un aspecto muy diferente de antes, y fué inútil que acudieran á reforzarlos un ejército francés y una escuadra de la misma nacion, porque la plaza se sostuvo hasta que en la primavera del año siguiente llegó á su socorro una escuadra inglesa. Esta fortaleza que en agosto de 1704 había sucumbido ante un golpe de mano resistió entonces un sitio de siete meses bajo la direccion circunspecta y valerosa de Darmstadt. Nadie sospechaba entonces que esta brillante defensa decidiera de la suerte del peñón gibraltareño. El gobierno inglés, en vista de ella, y de que solo fuerzas suyas habían tomado y conservado este punto, resolvió no entregarlo al rey Carlos III, sino quedarse con él y para siempre (4).

Este «rey Carlos III» se encontraba entre tanto en Lisboa en una situación muy triste. Los portugueses le trataban con menosprecio manifiesto, y finalmente se apartaron de él del todo, dejándole aislado. Celosos de que un extranjero hubiese de mandar tropas portuguesas, le prohibieron toda

(4) El *siempre* está borrado del diccionario de la Historia, lo mismo que el *jamás*. (N. del T.)

comunicacion con el ejército destinado á conquistarle su corona. El marqués de Las Minas no se avino con los holandeses, ni estos con los ingleses; de modo que entre los tres no se entendieron, y al fin ninguno hizo nada. En esta situación llegó á Lisboa lord Peterborough con una gran escuadra anglo holandesa y el encargo de tomar el mando general de todas las fuerzas aliadas. Era este un hombre ardiente, impetuoso, temerario, ambicioso como nadie, pero con todo un gran corazón. En seguida se convenció de que era inútil perder tiempo con los portugueses, tan obstinados como miserios, y venciendo su resistencia se llevó á Cataluña al pretendiente Carlos, que solo podía ganar en el cambio.

El espíritu de oposicion que en toda ocasion no habían dejado de manifestar los catalanes y aragoneses á Castilla prometía allí un principio de éxito al plan de los aliados, sin que estos se acordasen de que justamente á causa de esta oposicion y odios de unas provincias á otras, bastaría que en la corona de Aragon reconociesen por rey de España á un pretendiente para que le odiasen como enemigo extranjero en las tierras de la corona de Castilla (1). Sea de esto lo que quiera, los aliados se presentaron con su archiduque y 8,000 hombres de tropa delante de Barcelona, capital de Cataluña y poderosa ciudad marítima, que además de una guarnicion de otros 8,000 hombres estaba defendida por obras de fortificación casi inexpugnables; pero Peterborough con su valor temerario sin ejemplo, cayó de noche sobre la fortaleza de Monjuich, situada en la cumbre de una elevada montaña, y la tomó. Esta primera victoria de la causa austriaca fué seguida de un levantamiento, poco menos que general, de todo el pueblo catalán contra los castellanos y su rey Felipe V; y la guarnicion que este tenía en la ciudad de Barcelona, al verse atacada de fuera por el enemigo, y en el interior por la poblacion, capituló. En una semana fué reconocido en toda la Cataluña Carlos III por rey de España, y juró guardar y restablecer los fueros antiguos del país. El contagio se extendió pronto al reino de Valencia que se levantó igualmente y expulsó al gobernador y las guarniciones borbónicas. Todo el mundo se admiraba del maravilloso resultado que Peterborough había alcanzado con solo 8,000 hombres; y su fama militar le colocó en aquel tiempo al lado de Marlborough y del príncipe Eugenio. En efecto, había salvado para los aliados el honor de esta campaña. Gracias á su rápida inventiva y arrojo temerario dispersó en repetidos encuentros con sus insuficientes fuerzas las huestes borbónicas, conquistó á Murviedro y salvó á Valencia de los ataques del enemigo; pero esto duró hasta febrero de 1706, en cuyo mes se puso en marcha contra él el mariscal Tessé con 18,000 hombres con órden de su rey de poner sitio á Barcelona, donde se presentó después de una larga y penosa marcha por caminos y carreteras intransitables, hostilizado continuamente por innumerables guerrillas que le hicieron muchas bajas. El mismo Carlos III dirigió en persona y con mucha serenidad la defensa de la antigua capital de Cataluña, mientras Peterborough con pocos soldados y muchos cuerpos irregulares aguardaba al enemigo en las afueras de la ciudad. No pudo impedir que los franceses tomasen el castillo de Monjuich, pero los detuvo hasta la llegada de una escuadra inglesa con tropas de desembarco, con las cuales obligó á Tessé á levantar el sitio y pronunciarse en retirada. La consecuencia

(1) Tampoco esto es exacto. De la antigua corona de Aragon fueron los catalanes los que mas hostiles se mostraron á Felipe V, y había una razón que explica esta hostilidad. Los franceses habían dominado y ejercido poco tiempo antes sus acostumbradas depredaciones en Cataluña. (N. del T.)

fué el pronunciamiento del Aragon á favor de Carlos III.

La grande y magnánima nacion inglesa no entendía sin embargo de ningun modo dispensar de balde su proteccion á este príncipe. No se acordó en su egoísmo para nada de su aliada la Holanda, que á pesar de ser una nacion tan reducida que no contaba mas de dos millones y medio de habitantes, había hecho mas que la Inglaterra en favor de la guerra terrestre, aunque esta en cambio hiciera mas sacrificios en la marítima. Ya se había aprovechado la Inglaterra de la circunstancia casual de operar sola en España para apoderarse de Gibraltar; pero cuando vió en tan buen camino á su protegido Carlos, arrancóle un tratado de comercio por el cual los mercaderes ingleses quedaban dueños de todo el comercio de la monarquía española con manifiesto perjuicio de los holandeses. Lo mismo había ya hecho en Portugal. Así recompensó el egoísmo mercantil inglés los servicios leales y generosísimos que los holandeses habían prestado á la causa comun. En pago de sus sacrificios les arrebató la Inglaterra el ramo mas lucrativo de todo su comercio! ¿Puede vituperarse que en vista de semejante conducta la Holanda toda, con Amsterdam su primera plaza mercantil á la cabeza, deseara hacer la paz sin aguardar mas tiempo, y que su mismo jefe, el gran pensionario Heinsius vacilase?

Inglaterra, sin embargo, no estaba por la paz, porque la Francia se resistía todavía á hacer las concesiones que los ingleses deseaban, y sin las cuales tampoco convenia hacerla á la Holanda. El gobierno inglés contestó á las reclamaciones de su aliada declarando que retiraría sus tropas de la Bélgica para emplearlas en otra parte si en la campaña próxima no se daba el mando en jefe absoluto y sin trabas de las fuerzas holandesas á Marlborough, tan profundamente ofendido y disgustado. Como la república con semejante paso perdía toda esperanza de conservar su tan deseada «barrera belga», pues la habrían ocupado las tropas francesas que ya iban aproximándose y que acaso después hubieran invadido el mismo territorio holandés, se sometió á la justa exigencia inglesa, y los representantes del pueblo holandés, los Estados Generales, prometieron cumplirla hasta donde les autorizaba la constitucion. Convínose, pues, en que Marlborough escogeria en lo sucesivo los comisarios de campaña, y que se haría un nuevo arreglo de reglamento de servicio, por el cual los generales holandeses quedaran subordinados al general en jefe. Con estas disposiciones era permitido esperar que no se repetirían las campañas tan miserables de las fuerzas holandesas.

Era tambien hora de que se tomasen resoluciones grandes y de que la ejecucion correspondiese á su magnitud, porque mientras Marlborough, general y agente diplomático al mismo tiempo, volvía á recorrer la Alemania en el invierno de 1705 y 1706 para excitar á los soberanos de este país á nuevos y grandiosos esfuerzos, y mientras el margrave Luis de Baden que se mostraba tan apocado recibía á su lado un segundo general en jefe, el feldmariscal margrave de Baireuth, Luis XIV había tomado ya sus disposiciones.

El resultado indeciso de la última campaña había reanimado los bríos del rey de Francia, que quiso imitar al difunto Louvois y ser el primero en salir á campaña. A este fin había desplegado una actividad increíble en hacer los armamentos necesarios, ayudado brillantemente por la nacion francesa, que ardiendo en deseos de borrar con grandes victorias la hasta entonces única mancha de Höchstädt, había reunido recursos abundantes por medio de donativos patrióticos para restablecer el ejército en el mismo estado imponente de antes. La infantería fué reforzada con 40,000 reclutas, que cubrieron con exceso las bajas del año anterior;